

R E S E Ñ A  
BIBLICA

EL LIBRO DEL LEVÍTICO



Asociación  
Bíblica Española

INVIERNO 2015  
Nº 88  
VERBO DIVINO



INVIERNO 2015 • Nº 88

## EL LIBRO DEL LEVÍTICO

Coordinador: José Luis Sicre Díez

|  |         |   |         |
|--|---------|---|---------|
| <b>EDITORIAL</b> .....                   | Pág. 2  | El Levítico y el Nuevo Testamento.....      | Pág. 41 |
|  |         | Pablo DÍEZ HERRERA                          |         |
| <b>SECCIÓN MONOGRÁFICA</b>               |         | <b>SECCIÓN ABIERTA</b>                      |         |
| El Dios del Levítico .....               | Pág. 5  | Voces y ecos del Levítico                   |         |
| José Luis SICRE DÍAZ                     |         | en el Nuevo Testamento .....                | Pág. 51 |
| Sacrificios y ofrendas, hospitalidad     |         | José Alberto GARIJO SERRANO                 |         |
| de Yahvé que reaviva la utopía .....     | Pág. 15 | <b>SECCIÓN DIDÁCTICA</b>                    |         |
| Miren Junkal GUEVARA LLAGUNO             |         | <i>Yentl</i> : el género de las leyes ..... | Pág. 60 |
| Lo santo y lo impuro en el Levítico..... | Pág. 23 | Jaime VÁZQUEZ ALLEGUE                       |         |
| Cristóbal SEVILLA JIMÉNEZ                |         | <b>SECCIÓN INFORMATIVA</b>                  |         |
| El sacerdocio y el tabernáculo           |         | Boletín bibliográfico .....                 | Pág. 70 |
| en el Levítico.....                      | Pág. 31 | Noticias .....                              | Pág. 70 |
| Juan Luis DE LEÓN AZCÁRATE               |         |   |         |

# Editorial

En tiempos antiguos, los niños judíos comenzaban la escuela primaria con el Levítico, no con el Génesis. Según el Midrás Rabbá, porque «los niños son puros y los sacrificios son puros, dejemos que los puros se dediquen al estudio de lo puro». Podríamos añadir que el estilo tan repetitivo del Levítico es el que más favorece que los niños hebreos aprendiesen a leer. Prescindiendo de la cuestión pedagógica, la importancia de este libro para los judíos queda clara por el puesto central que ocupa en el Pentateuco. En cambio, la inmensa mayoría de los estudiantes de teología católicos terminan su formación sin haber leído ni una palabra del Levítico. Y lo mismo les ocurre a casi todos los seculares, religiosas y religiosos interesados en la Biblia.

Su dificultad radica en que no contiene selecciones narrativas o muy pocas de ellas. En cambio, predominan las secciones legales de muy distinto tipo, relacionadas con los sacrificios, la consagración de los sacerdotes, las normas alimentarias, el ritual del día de la expiación, la llamada Ley de Santidad, para terminar con los aranceles del templo. Todo esto hace que el Levítico no resulte muy atractivo. Sin embargo, cuando se lee con atención, resulta muy interesante, y no solo desde el punto de vista religioso, sino también antropológico, médico y cultural.

Sin embargo, plantea curiosos interrogantes al lector moderno. A qué se debe la importancia enorme de la sangre. En qué consiste la diferencia entre puro e impuro, entre santo y profano. En qué se basa la prohibición de ciertos alimentos. Y, así, otras muchas cuestiones. Este número de *Reseña Bíblica* pretende animar y ayudar a leer este libro.

«El Dios del Levítico» ofrece distintos aspectos de Yahvé en esta obra, al mismo tiempo que presenta sus diversas partes y destaca los aspectos religiosos y antropológicos más importantes.

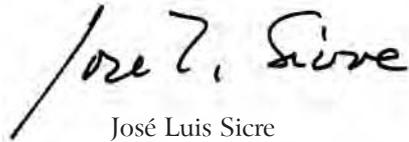
«Sacrificios y ofrendas» aborda el primer tema que trata el libro y uno de los más importantes en el culto de Israel, con un enfoque especial al relacionarlo con la hospitalidad de Yahvé.

«Lo santo y lo impuro» trata una cuestión que vertebra todo el libro. Como dice su autor, «al lector moderno le cuesta entender el porqué de estas leyes y su origen, y desde la perspectiva cristiana parece que es algo que está superado desde el Nuevo Testamento. Pero nuestro esfuerzo por comprender nos ayudará a entender la búsqueda de un Dios santo que quiere vivir en medio de su pueblo».

«El sacerdocio y el santuario en el Levítico» trata dos temas fundamentales del libro, atendiendo al conjunto del Pentateuco, historia de liberación y proyecto de libertad.

Para dejar clara la importancia que sigue teniendo el Levítico también para los cristianos, dedicamos dos artículos a este tema: «El Levítico y el Nuevo Testamento» recorre los principales textos, ofreciendo una visión panorámica de la relación del creyente con Dios marcada por la vocación a la santidad e invitando al cristiano actual a asumir el reto veterotestamentario (Lv 19,2) refrendado por Jesús (Mt 5,48). «Voces y ecos del Levítico en el Nuevo Testamento» propone una lectura intertextual fijándose en las citas, referencias y alusiones.

La sección didáctica, «*Yentl*: el género de las leyes», aborda el debate entre la tradición de la ley y su actualización, entre la ley y su interpretación.



José Luis Sicre

# EL DIOS DEL LEVÍTICO



José Luis Sicre Díaz

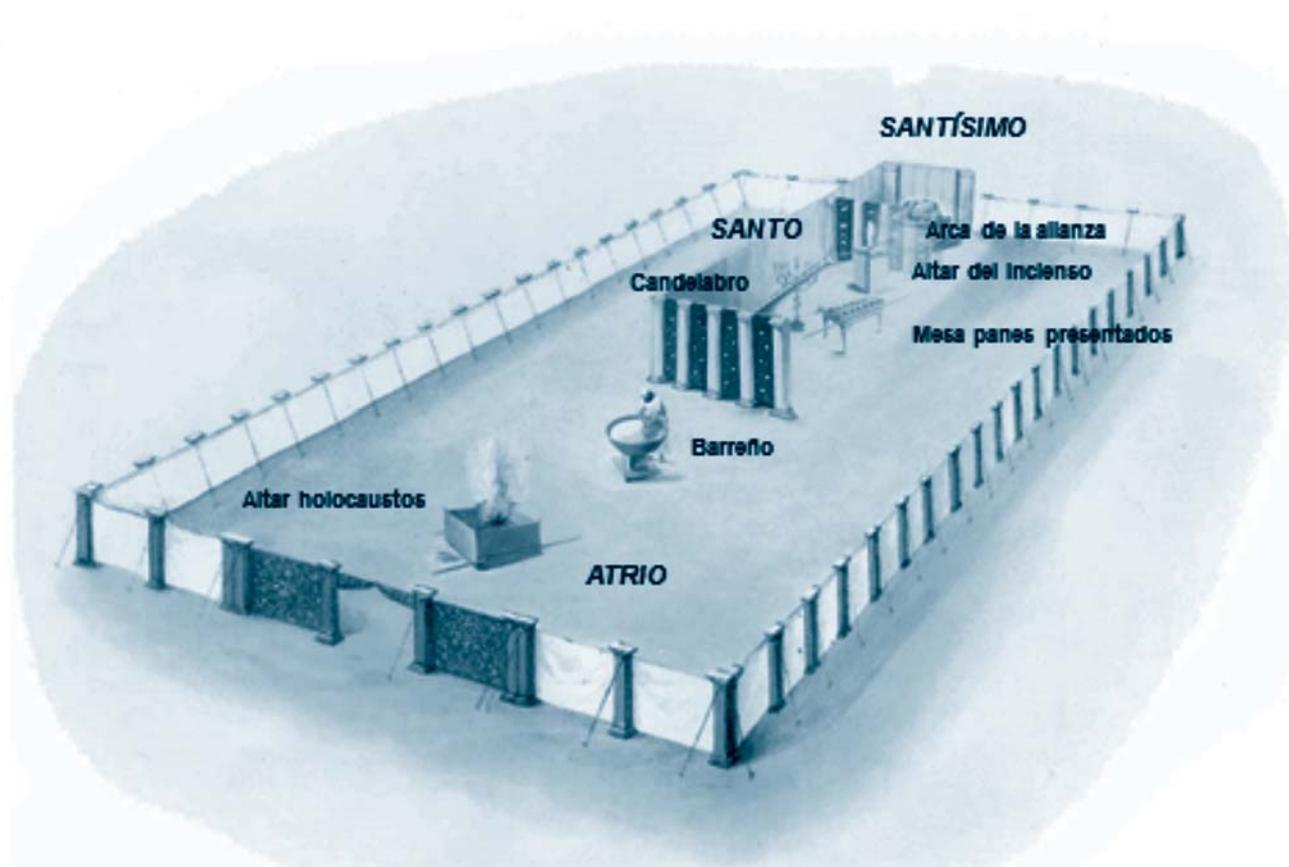
*Aunque sería aventurado afirmar que en la Biblia hay tantos Yahvé como autores, es interesante ver qué imagen de Dios nos ofrece el Levítico, un libro en el que han intervenido distintas manos, pero con una mentalidad común.*

El gobernador Nehemías y el autor del libro de Rut creían en el mismo Dios, Yahvé, pero tenían de él una imagen muy distinta. Nehemías era un nacionalista furibundo, que veía en las mujeres extranjeras, como las moabitas, un peligro para la fe de Israel. El autor de Rut presenta a una moabita no como un peligro, sino como un modelo de comportamiento humano y religioso, hasta el punto de convertirse en la antepasada del gran rey David.

Señalemos aquí algunos aspectos que ofrece el Levítico sobre la imagen de Dios.

## 1. Un Dios sin templo, pero con tienda

«El Señor llamó a Moisés y le habló desde la tienda del encuentro» (1,1). Así comienza el libro. El Dios del Levítico no sale al encuentro de Adán a la brisa de la tarde; no se sienta a charlar con nadie, como hizo con Abrahán; no habla en sueños, como a Jacob, ni desde la zarza, como a Moisés; ni siquiera comunica su voluntad desde la cumbre del Sinaí. Se revela desde una tienda extraña y misteriosa. No es la típica de un jeque beduino, a la que puede entrar el visitante y sentarse a ha-



blar con su propietario. Es una tienda enorme, de quince metros de largo por cinco de ancho y cinco de alto, dividida en tres partes. Tanto la tienda como sus elementos se describen detalladamente en Éx 25–40. Aquí nos limitaremos a lo que se dice de ella en el Levítico.

La parte principal, el santísimo, contiene el arca de la alianza, y sobre la placa que la cubre se muestra la presencia de Dios en una nube (16,2). A ella solo tiene acceso el sumo sacerdote una vez al año, el Día de la Expiación (Lv 16).

Separando el santísimo del santo hay una cortina que forma parte de un extraño ritual: cuando se ofrece un sacrificio expiatorio, el sacerdote debe salpicarla siete veces con la sangre de la víctima (4,6.17).

El sumo sacerdote entra en el santo todos los días para preparar la lámpara que debe arder noche y día en el candelabro (24,3-4). El sábado se entra para colocar sobre la mesa los doce panes, en dos montones de seis (24,5-8). También se entra siempre que hay un sacrificio expiatorio, para salpicar siete veces la cortina y para untar con la sangre de la víctima los salientes del altar de los perfumes (4,7).

La mayor parte de la actividad cultural se realiza en el atrio del santuario, «a la entrada de la tienda del encuentro» (1,3.5; 3,2; 4,4.7.18; 8,3s.31.33.35; 10,7; 12,6; 14,11.23; 15,14.29; 16,7; 17,4ss.9; 19,21), «delante de la tienda del encuentro» (3,8.13; 4,14). Cosa lógica, porque solo allí se puede hacer, sin peligro, el fuego necesario para quemar las víctimas.

Lo anterior solo hace referencia al culto. Sin embargo, el comienzo del libro ofrece una idea muy distinta de la tienda: es el lugar desde el que Dios se comunica a Moisés. Pero no imaginemos que Moisés entra en ella y se sitúa ante el Señor para escuchar su palabra. Esa es la concepción antigua, según la cual los israelitas tenían en el desierto como santuario una tienda en la que Yahvé conversa con Moisés «cara a cara» (Éx 33,11), le habla «de boca a boca» (Nm 12,8). Más tarde, cuando el arca se convierte en el objeto máspreciado de la tien-

da, Dios habla a Moisés desde la placa que recubre el arca: «Cuando Moisés entró en la tienda del encuentro para hablar con Dios, oyó la voz que le hablaba desde la placa que cubre el arca de la alianza, entre los querubines; desde allí le hablaba» (Nm 7,89; misma idea en Éx 25,22; 30,6.36).

Pero, según el autor o editor final del Levítico, Moisés no entra en la tienda para escuchar a Dios. Como se ha dicho inmediatamente antes, al final del libro del Éxodo: «Entonces la nube cubrió la tienda del encuentro y la gloria del Señor llenó el santuario. Moisés no pudo entrar en la tienda del encuentro, porque la nube se había apostado sobre ella y la gloria del Señor llenaba el santuario» (Éx 40,34-35).

Esto tiene gran importancia para la teología del Levítico. Desde el primer momento sugiere algo que aparecerá con fuerza en la segunda parte del libro, donde encontramos repetida la autoproclamación de Dios: «Yo, el Señor, soy santo» (Lv 19,2; 20,26; 21,8), «Yo soy santo» (11,44.45).

## 2. El Dios santo

Mientras nosotros concebimos la relación con Dios como algo natural y espontáneo, como la de un hijo con su padre, el Dios del Levítico es el santo, el trascendente, separado del mundo profano en el que nosotros nos movemos. Esa santidad hace que los serafines de la visión de Isaías se cubran ante él el rostro y canten su gloria, un comportamiento muy distinto que el del serafín egipcio que extiende sus alas sobre el buey Apis para protegerlo.

La santidad de Dios subraya ante todo su trascendencia; en esta línea, hay un detalle de interés en el libro. Yahvé no solo aparece por encima de todo lo humano, sino también de todo lo celeste. No tiene una corte. En ningún momento se habla de ángeles, serafines, querubines. Y casi podríamos decir que tampoco tiene rivales, a excepción de Moloc, el dios al que se ofrecen sa-

crificios de niños (Lv 18,21; 20,2-5). Se podría justificar esta ausencia de rivales aludiendo a que estamos todavía en el desierto; no hemos llegado a Canaán, donde el pueblo entrará en contacto con el futuro gran rival de Yahvé, Baal. Sin embargo, autores de formación sacerdotal, como Ezequiel, hablan de los dioses de Egipto (Ez 20,7-8), mientras que el Levítico no los menciona en ningún momento.

El concepto de santo tiene también una connotación moral: alejamiento del pecado y de toda impureza. Por eso no extraña que Isaías, ante el canto de los serafines, se sienta «un hombre de labios impuros que habita en medio de un pueblo de labios impuros» (Is 6,5). El Dios del Levítico no enviará a un serafín a purificar al pueblo de Israel, será él mismo quien lo santifique (Lv 20,8; 21,8; 22,32), a la vez que les exige: «Seréis santos» (11,44.45; 20,7).

¿Cómo santifica Dios a los israelitas? Apartándolos de los demás pueblos. La salida de Egipto no se enfoca desde un punto de vista político o social, como liberación de la esclavitud, sino en estrecha relación con una vida pura y santa: «Yo soy el Señor, que os saqué de Egipto para ser vuestro Dios: sed santos, porque yo soy santo» (11,45). Y la eliminación posterior de los cananeos se debe a las abominaciones que cometen, con las que han profanado la tierra. Los israelitas deben vivir de forma distinta a todos ellos: «No hagáis lo que hacen los egipcios, con quienes habéis convivido, o los cananeos, a cuyo país os llevo; ni seguiréis su legislación» (18,3; cf. 20,23).

A la acción de Dios debe responder la humana: «Seréis santos». ¿Cómo debe actuar el israelita? Observando las siguientes leyes y prohibiciones:

a) *Leyes relativas a la pureza, que abarcan ámbitos muy distintos*: 1) animales puros e impuros; no solo se prohíbe comer los impuros, sino también tocar o transportar su

cadáver (cap. 11); 2) la mujer que da a luz (cap. 12); 3) enfermedades de la piel, infección de ropas y de casas y enfermedades sexuales (caps. 13-15). Para todas ellas serían válidas las palabras que encontramos al final de la primera serie: «Yo soy el Señor, vuestro Dios; santificaos y sed santos, porque yo soy santo» (11,44).

b) *Leyes de conducta sexual*. El antiguo Dodecálogo siquemita (Dt 27,15-26) maldice a quien se acueste con la mujer de su padre, con bestias, con su hermana y con su suegra. En Lv 18, la lista abarca a la madre, la concubina del padre, la hermana, las nietas, la hija nacida al padre con la concubina, la tía paterna, la tía materna, la tía, la nuera, la cuñada; se prohíbe tener relaciones con una mujer y con su hermana y con una mujer durante su menstruación; la sodomía, la bestialidad. Las relaciones sexuales prohibidas vuelven a aparecer en el cap. 20 con casos muy parecidos a los del cap. 18.

c) *Prohibición del culto a Moloc, sin paralelo en los códigos del Éxodo y del Deuteronomio*. «No sacrificarás un hijo tuyo a Moloc por el fuego, profanando el nombre de tu Dios» (Lv 18,21). La práctica la conocemos por el relato de 2 Re 23,10 y por Jr 32,35, donde se acusa a los jerosolimitanos de haber ofrecido sus hijos e hijas a Moloc en el valle de Hinnón. Pero el Dios del Levítico considera este tema tan importante que vuelve sobre él poco más tarde, añadiendo el castigo del culpable: la muerte por lapidación (Lv 20,2-5).

d) *Prohibición de toda forma de adivinación*: «No acudáis a nigromantes ni consultéis adivinos. Quedaréis impuros» (19,31; cf. 20,6). «El hombre o mujer que practique la nigromancia o la adivinación es reo de muerte. Será apedreado. Caiga su sangre sobre él» (20,27). El Deuteronomio prohíbe lo mismo (Dt 18,10-11), pero ofrece una alternativa: el profeta. Para el Levítico, en

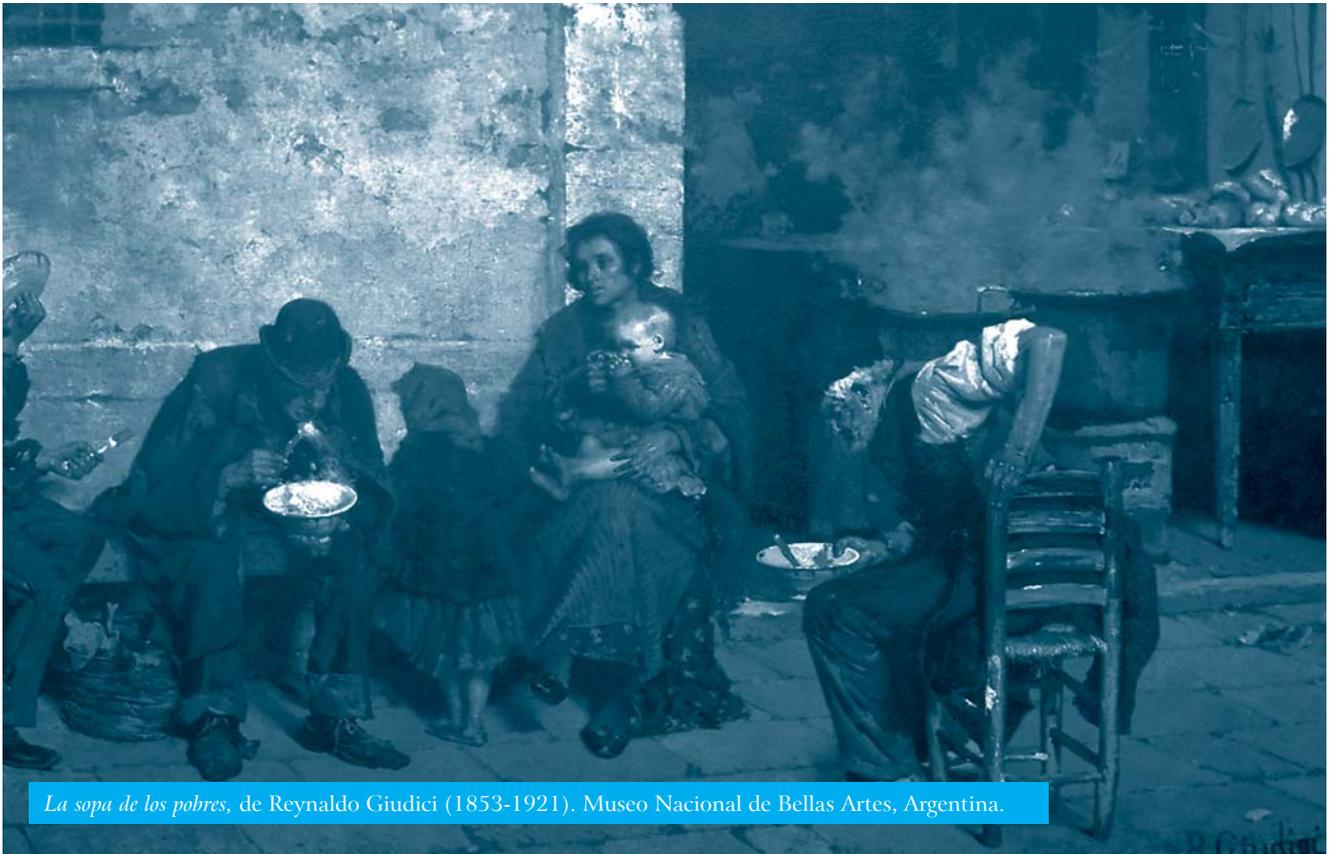
¿Cómo santifica Dios a los israelitas? Apartándolos de los demás pueblos. La salida de Egipto no se enfoca desde un punto de vista político o social, como liberación de la esclavitud, sino en estrecha relación con una vida pura y santa.

cambio, el conocimiento del futuro y de lo oculto no debe preocupar al israelita. Todo lo importante se lo ha revelado ya Dios a Moisés.

e) *Vida santa y justa*. Si al editor final del Levítico le preguntaran: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal entre esta multitud de preceptos?», es posible que respondiese: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (19,18). Y si el otro, queriendo quedar bien, insistiera: «¿Quién es mi prójimo, el israelita?», le habría dicho: el israelita y el inmigrante: «Cuando un inmigrante se establezca con vosotros en vuestro país, no lo oprimiréis.

Será para vosotros como el nativo: lo amarás como a ti mismo, porque vosotros fuisteis inmigrantes en Egipto» (19,33-34).

La forma práctica de vivir este amor al prójimo se concreta en el cap. 19, que coincide en parte con el Decálogo (respeto a los padres, observancia del sábado, no robar, no jurar en falso) y con otros códigos del Éxodo y del Deuteronomio, pero entremezclada con leyes de carácter muy distinto, algunas de formulación muy conseguida: «No dormiré contigo hasta el día siguiente el jornal del obrero» (19,14); «No maldecirás al sordo ni



*La sopa de los pobres*, de Reynaldo Giudici (1853-1921). Museo Nacional de Bellas Artes, Argentina.

pondrás tropiezo al ciego. Respeta a tu Dios» (19,15); «No andarás con cuentos de acá para allá» (19,16). «No guardarás odio a tu hermano. Reprenderás abiertamente al prójimo y no cargarás con pecado por su causa. No serás vengativo ni guardarás rencor a tu propia gente» (19,17-18).

Resulta imposible resumir en pocas líneas la legislación social del Levítico, entre la que ocupa un puesto de relieve la ley del año jubilar (25,8-17). Me limitaré a tratar la preocupación por los más necesitados: inmigrantes y pobres.

El interés por los pobres se advierte desde el principio. Al hablar de los sacrificios se tiene en cuenta la situación del que carece de medios para ofrecer un cordero como sacrificio de expiación (5,7; 12,8) o incluso dos tórtolas o dos pichones (5,11). Más adelante se tiene en cuenta la situación del que se arruina: «Si un hermano tuyo se arruina y no puede mantenerse, tú lo sustentará para que viva contigo como el inmigrante o el criado. No le exijas ni intereses ni recargo. Respeta a tu Dios, y viva tu hermano contigo. No le prestarás dinero a interés ni pondrás recargo a su sustento» (25,35-37). Inmediatamente después se añade otra cláusula sobre el mismo tema: «Si un hermano tuyo se arruina y se te vende, no lo tratarás como esclavo, sino como jornalero o criado. Trabaja contigo hasta el año del jubileo, cuando él y sus hijos quedarán libres para retornar a su familia y recobrar su propiedad paterna. Porque son mis servidores, a quienes saqué de Egipto, y no pueden ser vendidos como esclavos. No lo tratarás con dureza. Respeta a tu Dios» (25,39-43).

Cuando se comparan estas leyes con las de Éx 21,2-6 y Dt 15,12-18, se advierte lo que aporta el Levítico: la prohibición del recargo (*turbît*) y la motivación de que el israelita nunca es esclavo de otro hombre, sino solo de Dios. El Señor se siente tan unido a él que tratarlo con

dureza equivale a no respetar a Dios. En esta línea del interés por los débiles se comprende una de las normas más expresivas del libro: «No maldecirás al sordo ni pondrás tropiezos al ciego. Respeta a tu Dios» (19,14).

El Levítico tiene también muy en cuenta a los inmigrantes. Como hemos indicado más arriba, hay que amarlos como a uno mismo, y por eso la ley es común para ellos y los nativos: «Aplicaréis la misma sentencia al inmigrante y al nativo» (24,22; en la misma línea, 16,29; 17,10-12.13-14; 18,26; 20,18-22; 24,16). Puede ocurrir que un inmigrante llegue a enriquecerse e incluso tenga esclavos israelitas (25,47), pero lo normal es que su situación económica sea parecida a la del pobre. Por eso se legisla: «Cuando seguéis la mies de vuestras tierras, no desorillarás el campo ni espigarás después de segar. Tampoco harás el rebusco de tu viña ni recogerás las uvas caídas. Se lo dejarás al pobre y al inmigrante» (19,10; se repite con las mismas palabras en 23,22).

Enseñar a los israelitas los preceptos implica continuar la labor de Moisés; no se trata de aportar nada nuevo, sino de recordar y enseñar lo que él recibió.

### 3. Un Dios con dos intermediarios

Después de la revelación del Sinaí, acompañada de truenos y relámpagos, el pueblo no quiere estar en contacto directo con Dios. Por eso, el Dios del Levítico habla siempre a través de intermediarios, como un soberano distante siempre de su pueblo.

El gran intermediario es Moisés, al que treinta y dos veces le dirige Dios la palabra (1,1; 4,1; 5,14.20; 6,1.12.17; 7,22.28; 8,1; 12,1; 14,1; 16,1.2; 17,1; 18,1; 19,1; 20,1; 21,1.16; 22,1.17.26; 23,1.9.23.26.33; 24,1.13; 27,1). En cuatro ocasiones el Señor se dirige a Moisés y Aarón (11,1; 13,1; 14,33; 15,1) y solo en una a Aarón (10,8).

Lo que Moisés escucha debe transmitirlo a los israelitas (1,2; 4,2; 7,23.29; 12,2; 18,2; 23,2.10.24.34; 25,2;

27,2); a la congregación (8,5; 9,5-6); a Aarón (9,7; 10,3; 21,17); a Aarón, tu hermano (16,2); a Aarón, Eleazar e Itamar (10,6); a Aarón y sus hijos (6,18; 8,31; 22,2); a Aarón, sus hijos y los ancianos (9,1); a Aarón, sus hijos y todos los israelitas (17,2; 22,18). La diversidad de fórmulas y destinatarios sugiere diversidad de documentos utilizados. La insistencia con la que Dios se dirige a Moisés y este transmite su palabra contrasta con los dos únicos casos en los que Moisés actúa por propia iniciativa. Así ocurre en el cap. 10, cuando ordena a Misael y Elsafán, primos de Aarón, retirar los cadáveres de Nadab y Abihú (10,4), y, sobre todo, cuando indica a Eleazar e Itamar cómo deben comportarse en la muerte de un familiar: «No os despeinéis ni os vistáis de harapos [...]. No salgáis por la puerta de la tienda del encuentro [...]» (10,6-7).

Generalmente, se da por supuesto que Moisés cumple la orden de mediar. Pero en algunos casos se afirma expresamente: «Moisés se lo comunicó a Aarón, a sus hijos y a todos los israelitas» (21,14); «Moisés hizo lo que le había mandado el Señor» (8,4.9.13.17.21.29; 9,7.10; 10,15; 16,34; 24,23).

El papel de Aarón es mucho más modesto. A él solo se le dirigen tres órdenes muy concretas: «Cuando tenagáis que entrar en la tienda del encuentro tú o tus hijos, no bebáis vino ni licor, y no moriréis. Ley perpetua para vuestras generaciones. Separad lo sacro de lo profano, lo puro de lo impuro. Enseñad a los israelitas todos los preceptos que os comunicó el Señor por medio de Moisés» (10,9-11). Las dos últimas son de especial importancia. Separar lo sacro de lo profano significa llevar a la práctica todo lo que enseña el libro; Dios ordena, pero son los descendientes de Aarón los responsables de que eso se realice. Enseñar a los israelitas los preceptos implica continuar la labor de Moisés; no se trata de aportar nada nuevo, sino de recordar y enseñar lo que él recibió. Con palabras muy parecidas denuncia Ezequiel a los sacerdotes no haber cumplido su misión (Ez 22,26).



*Moisés desciende con la ley del monte Siná, de Gustave Doré (1832-1883).*